

UN SIGLO DE UNIDAD ITALIANA

Italia ha celebrado solemnemente el Centenario de las victorias franco-piamontesas que pusieron fin a la tutela austríaca sobre el país y permitieron la realización de la unidad nacional. ¡Cuántas cosas han acaecido desde Magenta y Solferino! Los descendientes de los tres soberanos que hicieron esa guerra han perdido su trono. Francia e Italia son dos Repúblicas. El viejo Estado de los Habsburgos, después de vanos ensayos de transformación, ya no existe. Este cuadro encantaría a los carbonaris de 1859, que odiaban el Imperio austríaco. La suerte de sus herederos acaso encantaría menos esos liberales. De los trozos que los aliados dejaron en nombre del principio de las nacionalidades, sólo la pequeña Austria es independiente; los demás están sometidos a la dura disciplina de los satélites de la U. R. S. S., y para escapar de la dominación de Viena han caído bajo la de Moscú. No se puede ver en ello un triunfo de la libertad en Europa.

Bien es verdad que Italia ha vivido y que después de numerosas vicisitudes se han consolidado. Este Centenario consagra la vitalidad de una nación que ha sabido resistir a las pruebas de varias grandes guerras, de una pesada derrota seguida por una guerra civil y por dos revoluciones. Cuando una nación supera semejantes pruebas, es que reposa sobre sólidas bases.

No sé si esos maestros del cine que son los italianos van a presentarnos con motivo de estas fiestas una película que sintetice su historia desde Magenta hasta nuestros días. En los tiempos del Fascismo, en que la propaganda oficial vertía el heroísmo en el corazón de los ciudadanos, no se hubiera dejado de intentar la empresa. Los productores cinematográficos de la Italia demócrata-cristiana y capitalista de hoy en día preferirán acaso los encantos de Gina Lollobrigida y de sus rivales—de un rendimiento más seguro—que un fresco histórico de ese tipo.

I.—*La realización de la unidad.*

Esa unidad italiana que las victorias de Magenta y de Solferino hicieron posible al rechazar de la península los ejércitos del Emperador de Austria, ¿era fatal en aquella época? Los contemporáneos no estaban seguros de ello. Los historiadores franceses e italianos y sus hermanos en liberalismo muestran una Italia estremecida bajo el yugo de Austria y de los pequeños soberanos italianos sus clientes, un pueblo casi unánime para tomar las armas por la causa nacional. Es en parte exacto, pero no totalmente. A mediados del siglo XIX existía en Italia una fuerte corriente unitaria. Pero bastante gente pensaba en cambio que el Príncipe de Metternich no andaba descaminado cuando dijo que Italia no era más que una expresión geográfica. Para esa gente, la legitimidad quería que el Papa reinara en Roma, los Borbones en Nápoles y los Habsburgos en Toscana, en Parma y en Modena. Los historiadores, que se hallan un poco en la situación de un lector de novela que sabe cómo ésta termina, muestran por razón demostrativa que el porvenir jugaba en favor de los liberales. Pero en 1849 éstos habían sido aplastados por el ejército austriaco del Mariscal Radetzky. Habían explicado su desastre con la traición de los conservadores particularistas de Roma y de Nápoles, porque desde que existen guerras los vencidos achacan sus derrotas a la traición. Es cierto que los conservadores meridionales no aportaban excesivo celo en sostener las iniciativas de ese rey de Cerdeña que soñaba acaso ya con dominarlos. Pero esas reticencias demuestran que la causa de la unidad era menos irresistible que cuanto se ha dicho después. En 1859 hubiera sido probablemente lo mismo si Napoleón III no hubiera puesto sus nutridos batallones al servicio de la Casa de Saboya. El Bonaparte se proponía destruir el Tratado de Viena, tomarse la revancha de Francia y de su tío y liberar a Italia. Así lo hizo, no sin dificultades ni sin peligros. Seducido por los razonamientos del sutil Cavour, arrastrado por las ideas de su juventud aventurera y por su programa político de las nacionalidades, puso el dedo en el engranaje italiano. Pese a todos sus esfuerzos, ya no pudo sacarlo.

Los hombres de Estado de Piamonte que se proponían realizar la unidad italiana en provecho de la Casa de Saboya habían entendido la lección de 1849. Italia no podía hacerse por sí misma, como lo había creído Charles-Albert. Para derrotar a Austria se necesitaba el apoyo de un ejército

extranjero. El arte de Cavour y de sus sucesores fué el saber asociar a la causa de la unidad italiana Estados poderosos, capaces de trastocar en su provecho la relación de las fuerzas existentes entre el Piamonte y Austria. El ejército francés sirvió a rechazar a los austríacos de Lombardía; el ejército prusiano, al aplastar las tropas de Benedek en Sadowa, permitió a los italianos recuperar el Veneto y la ciudad de los Dogos. Los aliados de Víctor-Manuel, claro es, no habían sacado la espada por amor a Italia.

Napoleón III trabajaba por instaurar un nuevo orden europeo en el que Francia, pensaba, saldría beneficiada. Sus tropas contribuyeron al crecimiento del reino de Cerdeña, pero no fué gratuitamente. Saboya y Niza constituyeron el precio—un buen precio—de una intervención sin duda decisiva, pero que no fué definitiva, ya que el armisticio de Villafranca, impuesto por la amenaza de entrada en guerra de Prusia, detuvo las hostilidades antes de la liberación del Veneto. La promesa de Napoleón III de hacer que Italia fuera libre desde los Alpes hasta el Adriático sólo fué, pues, cumplida a medias. Los patriotas italianos guardaron por ello rencor al Emperador de los franceses, como reprocharon más tarde a Bismark no haber impuesto a Austria la cesión de Trento al nuevo reino de Italia. Persuadidos de la justicia de su causa, consideraron como una traición que sus aliados detuvieran la guerra antes de haber logrado todos los objetivos de la guerra. Napoleón III, que estaba mucho más ligado sentimentalmente a la causa italiana que Bismarck, sintió remordimientos y se esforzó posteriormente, prestando su apoyo diplomático a la causa de la unidad italiana, en que le perdonaran su fallida promesa. El fundador del II Reich alemán reaccionó en otra forma. Se irritó ante las quejas de sus antiguos aliados. Las apreciaciones severas que expresó sobre los italianos ante el Embajador de la III República francesa, Saint-Vallier, muestran su desprecio hacia esos pedigüños ruidosos y perpetuamente insatisfechos.

La querrela de los italianos y de sus aliados había de prolongarse a través de un siglo. Volvió a surgir con motivo de las conferencias que prepararon el Tratado de Versalles, cuando Orlando dió su dimisión porque Wilson, Lloyd George y Clemenceau se negaban a cumplir las promesas hechas antes de la entrada en guerra de Italia. Se puso de manifiesto en ocasión de los triunfos del Eje, en 1940, cuando Hitler imponía a los franceses unas condiciones que Mussolini juzgó demasiado suaves e iniciaba la política de Montoire. Fué preciso esperar las derrotas de 1945 y el

cambio radical de las alianzas de Víctor-Manuel III y del Mariscal Badoglio para ver la opinión italiana aceptar sin recriminar el duro tratado que les impusieron las democracias victoriosas. Ironía de la Historia...

Apartada Austria, guardiana del conservatismo particularista, la eliminación de los pequeños y medianos príncipes italianos fué obra del Gobierno de Turín. Antes de la guerra de 1859, la mayor parte de los teóricos de la unidad preconizaban una Confederación de los Estados de la península. Pero Víctor-Manuel y sus consejeros trabajaron para unir el país en su provecho. La amistad teñida de remordimientos de Napoleón III había de ayudarles en sus designios. Los golpes de mano de ese Garibaldi que, tan pronto era tratado por Víctor-Manuel II de general como de aventurero extravagante, según lograra éxitos—en Sicilia o en Nápoles—o fracasaba—en Roma—tuvieron nacionalmente su utilidad. Una aventura como la de los «Mil» demostraba que las complicidades abundaban en la Italia meridional. La victoria piemontesa había dado tal prestigio a la idea de la unidad y la retirada de los austríacos habían descorazonado tanto los particularistas, que el movimiento nacional italiano se había convertido en irresistible. Los tibios se adhirieron a él, abandonando la causa de los soberanos locales. Logrado lo cual, Garibaldi no tenía más que dar un empujón al edificio en adelante carcomido.

Italia estaba hecha. Quedaba por conquistar Roma. Garibaldi habría logrado, a expensas del Papa, un golpe de mano análogo a los de Palermo y de Nápoles si Napoleón III, movido por el deseo de no indignar a los católicos franceses que sostenían su trono, no hubiera tomado sobre sí defender Roma contra el *condottiere* liberal, Roma, cuya posesión parecía indispensable para la independencia de la Santa Sede. Preciso fué, pues, esperar Sedán para que las tropas de Víctor-Manuel pudieran apoderarse simbólicamente de Roma al entrar por la brecha de la Puerta Pía. La victoria de la idea nacional—apoyada por cañones—sobre la Iglesia universal tenía ciertamente el inconveniente de romper las relaciones de la Casa de Saboya, unificadora de Italia, con el Papado. Pero el mal no era mayusculo. Merced a la flexibilidad del carácter italiano, pudo hacerse reinar sobre un país de un catolicismo contrastado un rey considerado como expoliador de la Iglesia, sin que se originaran demasiado dramas de conciencia.

II.—*La era liberal.*

Lograda la unidad, la capital del reino una vez transferida de Florencia a Roma, era preciso realizar la fusión de las provincias tanto tiempo desunidas, crear una administración, un ejército y una marina comunes, fundir en un solo bloque a piamonteses, lombardos, toscanos, romañoles, romanos, napolitanos, calabreses, sicilianos, cerdeños, separados frecuentemente por una historia cargada de rivalidades, por dialectos diversos, por costumbres a veces opuestas. Entre la Italia del Norte bien regada, fértil, en contacto con Francia, Suiza y Austria-Hungría, habitada por una población vigorosa, laboriosa y acostumbrada a ver sus esfuerzos recompensados y la Italia del Sur, en gran parte montañosa, seca, poblada de gente acostumbrada a las calamidades del cielo y de la tierra y que se resignaban con cierto fatalismo oriental, era duro de establecer una colaboración. Si incluso actualmente, después de cien años de vida en común, la diferencia entre septentrionales y meridionales salta a la vista, puede adivinarse lo que era a raíz del 20 de septiembre de 1870.

El mérito de los reyes de la Casa de Saboya y de sus ministros fué lograr mantener ensambladas provincias tan distintas sin otras reacciones que algunas recriminaciones de los meridionales contra el «favoritismo» de la administración de Roma por los septentrionales o las expresiones de desprecio de estos últimos hacia los «caffoni» del Sur. La Monarquía constitucional, fuertemente centralizada según el modelo francés, laboró para desarrollar la economía nacional y, aun guardándose de malgastar, hizo llevar a cabo grandes obras, como la apertura del túnel de Frejus, la construcción de la red de vías férreas nacional (1.700 kilómetros en 1876, 10.000 en 1882), e incrementó la marina mercante. Para realizar esta obra, el Gobierno italiano podía contar con un pueblo dotado de excelentes cualidades. Campesinos y obreros sobrios, laboriosos, inteligentes; comerciantes e industriales que tenían en pos de sí una larga tradición, pero abiertos a las innovaciones, ingeniosos y sin temor a correr riesgos para acrecentar sus negocios.

Estos progresos conseguidos eran favorecidos por un largo período de paz. Lograda la unidad italiana, como la unidad alemana, «con hierro y con sangre», los hombres de Estado italianos tuvieron el acierto de rehuir las aventuras y consagrarse a la organización del país. En una ocasión, la suerte los había favorecido. En vísperas de 1870, Víctor-Manuel II ha-

bía diseñado con Napoleón III y Francisco José una coalición contra Prusia. El arrebato bélico de los franceses después del incidente del telegrama de Ems, que precipitó la guerra, y la negativa del Gobierno imperial de abandonar Roma a cambio de la alianza italiana, salvaron acaso a Italia de amargos desengaños.

La victoria de Alemania ponía fin por otra parte a la era de desbarajustes que el ejecutor del Testamento político de Napoleón I había imprudentemente abierto en Europa. Se iniciaba un largo período de estabilidad durante el cual los ejércitos sólo iban a llevar a cabo expediciones coloniales que habrán de dar a las naciones europeas materias primas a precios bajos y gloria fácil. Italia no había participado en un movimiento iniciado mucho antes de que realizara su unidad. Pensó hacerlo cuando su organización interior concluída, el rápido crecimiento demográfico y la preocupación de prestigio por tener colonias al igual que las grandes naciones europeas, plantearon a sus hombres de Estado el problema de la expansión colonial.

El territorio colonial natural de Italia era Africa, era Cartago, era esa tierra sembrada de ruinas romanas que antaño había sido el granero de Roma. Numerosos italianos vivían ya en Tunicia y constituían la colonia extranjera más numerosa. Esta penetración pacífica debía ser seguida, según el método con frecuencia utilizado en aquellos tiempos, de acuerdos políticos que colocaran el Beylicato bajo el protectorado italiano. En este sentido laboraban los cónsules italianos, pero tropezaron con una oposición resuelta por parte de sus colegas franceses. Desde la ocupación de Argelia por los franceses, París sustentaba, en efecto, que ninguna potencia extranjera debía ejercer su dominio o siquiera una influencia prepotente en Tunicia. Luis Felipe y Napoleón III no habían vacilado en enviar su flota ante las costas tunecinas para impedir que el Gobierno de la Puerta colocara de nuevo la Regencia de Tunicia bajo su soberanía. Reiteradamente Túnez había visto estallar querellas entre los cónsules de Francia y de Inglaterra. Estos antecedentes mostraban que Francia no dejaría que Italia se instalara allí como dueña. Pero después del Congreso de Berlín, los hombres de Estado francés pasaron de esta posición negativa a una política más enojosa para Roma. La llegada al poder de los republicanos coincidía con el fin de la prudente actitud de «recogimiento» de los conservadores franceses. Para halagar el patriotismo francés, Gambetta y sus rivales soñaban con una conquista fácil. Escogieron el pequeño reino tunecino. Bis-

marck, fuera porque tratara de reconciliarse con Francia, fuera porque tratara de que ésta riñera con Italia, y Salisbury, que quería hacer concesiones a Francia para tener las manos libres más al Este, empujaron sus vecinos a actuar. Las exacciones de los krumirs proporcionaron un buen pretexto para la intervención de los ejércitos de la República. El Bey cedió sin gran resistencia y, para no ser destituido, firmó el tratado que instituía el protectorado de Francia sobre su reino.

La maniobra francesa cortó por lo sano las aspiraciones italianas en Africa. Provocó una ira ruidosa en Roma y, poco después, la caída del Ministerio Cairoli. Los hombres de Estado italianos descubrían que se habían equivocado respecto a sus vecinos. Desde 1871 habían desconfiado de los conservadores y de los católicos franceses, de quienes habían temido una intervención militar para restablecer la potencia temporal del Papa. ¡Como si Mac Mahon hubiera sido Pepino el Breve! De hecho, preocupados de reconstituir la fuerza de Francia, temerosos de una agresión alemana, los monárquicos de París eran incapaces de abrir una nueva era de aventuras guerreras en Europa. Los hombres políticos italianos habían preferido a esos vecinos pacíficos, los republicanos, cuyo anticlericalismo ruidoso les garantizaba que Francia no combatiría por el Papa. Y he aquí que esos demócratas ponían en marcha sus ejércitos, los situaban a unos kilómetros de Sicilia y cerraban a los italianos el camino de Cartago. Eran tantas razones de amargarse.

Italia descubría que estaba aislada en Europa, entre el desdén de Bismarck y de Jules Ferry y los rencores mal apagados de Austria. Tenía que salir de esa situación no exenta de peligros, encontrar aliados. La cuestión religiosa la inclinaba hacia Francia. La solidaridad monárquica hacia los soberanos de la Europa Central. El amor propio ofendido por el fracaso de Tunicia orientó al rey Humberto y sus ministros hacia los Emperadores germánicos. Cinco meses después de la entrada de los franceses en Túnez, el soberano italiano se trasladaba a Viena—camino de Berlín—, para hacer efectiva su reconciliación con el monarca que su padre, con la ayuda francesa, había echado fuera de Italia. Poco después, la conclusión de la Triple Alianza rompía el aislamiento del Gobierno de Roma.

Italia tenía la vía libre para empezar la expansión colonial con la que soñaba y que la iniciativa francesa había truncado en Tunicia. Sin embargo, durante años vaciló en hacerlo. Cierta recelo por las aventuras dominaba a los burgueses que dirigían el país. Incluso después de haber establecido

una cooperación con Inglaterra para bloquear un nuevo empuje de Francia en el Mediterráneo, los hombres de Estado de Roma se contentaron con instalarse en Massaua en 1875. Se detuvieron después de haber puesto este primer jalón y consagraron las fuerzas del país al equipamiento nacional y, sobre todo, a la búsqueda de un equilibrio entre las ricas provincias del Norte y las pobres regiones del Sur, donde había quien consideraba la unidad como una causa de su miseria. El temible problema demográfico empezaba a plantearse de manera aguda en Italia. ¿Cómo hacer vivir decentemente una población que crecía con una velocidad digna de preocupar? ¿Multiplicando la actividad de la economía nacional? ¿Llevando a cabo una revolución social? ¿Realizando la conquista de nuevas tierras, siguiendo el ejemplo de los romanos de la antigüedad y de los imperialistas franceses e ingleses contemporáneos? O bien, solución sin gloria, ¿enviando miles de pobres diablos a ganarse el pan y el de su familia construyendo casas en Nueva York y en Chicago, cultivando la vid en Tunicia o cosechando por cuenta de los grandes terratenientes de Argentina o de Uruguay?

Para los hombres de Estado de aquel tiempo, imbuídos de doctrinas liberales que dejaban a los pobres el cuidado de mejorar su vida, lo más simple era confiar en la iniciativa de los industriales y dejar que funcionara la válvula de la emigración para eliminar el excedente de la población. Esta solución fácil no había de dar malos resultados. El desarrollo económico se prosiguió y los envíos de dinero de los emigrantes aliviaron la pobreza de cierto número de familias del Piamonte, de Nápoles y de Sicilia, aunque no lo bastante como para impedir que las ideas revolucionarias se infiltraran en la península.

Ciertos elementos del proletariado italiano, incultos, incluso analfabetos, y llevados por su temperamento ardiente hacia las soluciones más violentas, se adhirieron a las doctrinas anarquistas. Caserío, asesino del Presidente Carnot, Bieci, que dió muerte al rey Humberto I, el que asesinó a la Emperatriz de Austria, salían de esos ambientes exaltados por el espectáculo de la miseria popular y por lecturas mal digeridas.

Cierto es que a partir de 1891 se desarrollaba un socialismo más moderado, aun cuando asustara los ambientes conservadores. Filippo Turati fundaba la *Crítica Social*; se organizaban congresos obreros. El orden social aparecía amenazado; mientras emprendían la lucha contra la revolución, los ambientes gubernamentales pensaron en llevar a cabo una gran

política colonial, susceptible de halagar el orgullo patriótico y de asegurar al país las salidas y las tierras de que carecía en Europa.

A esta política de expansión está ligado el nombre de Crispi. Este siciliano, que había participado con Garibaldi en la expedición de los «mil», se había pasado a la Monarquía después de haber profesado doctrinas republicanas. Seguía siendo un hombre de izquierdas por su hostilidad fundamental contra el Vaticano y por sus reformas, que convertían en electivos los alcaldes de las grandes ciudades. Pero frente a la revolución, quería asegurar el orden, aunque fuera usando métodos de fuerza, como más tarde había de hacerlo Clemenceau en Francia. Patriota, quería ensanchar el dominio de Italia y desarrollar seriamente el imperio italiano. En sí, no era absurdo que Italia tuviera sus colonias, como Inglaterra, Francia o Alemania. La dificultad, a fines del siglo XIX, estribaba en encontrar territorios aún libres de hipotecas europeas. Crispi creyó tener una presa fácil en Abisinia. Partiendo de Eritrea, la penetración pacífica, apoyada por algunas demostraciones militares si preciso fuera, parecía fácil. La diplomacia italiana había favorecido la subida al trono etíope del ras del Choa, Menelik. Un vago pacto que se interpretaba en Roma como un tratado de protectorado había sido concluído con él en Ucciali. Esto compensaba Tunicia.

Este plan quedó destruído por la negativa de Menelik a aceptar el protectorado italiano. Hubo de emprenderse la conquista de ese vasto territorio protegido por defensas naturales y por guerreros valientes, aunque no muy disciplinados. El error de Crispi fué el querer llevar a cabo semejante campaña con efectivos insuficientes, sea por un exceso de confianza en la superioridad de su ejército sobre las bandas abisinias, sea por temor a dar armas a la oposición haciendo cuantiosos gastos. El resultado de esta táctica fué el desastre de Adua, en que el pequeño ejército del General Barrayut fué aplastado por las tribus de Menelik. No era la primera vez que una columna europea resultaba destruída por un ejército indígena. Sin embargo, el efecto de Adua fué profundo en Italia. Los adversarios de Crispi—de la derecha lo mismo que de la izquierda—condenaron esa expedición lejana, mal concebida y mal ejecutada. El hombre de Estado italiano desapareció para siempre de la escena política y, durante cierto tiempo, con él se desvaneció el sueño imperial.

Adua había asestado un golpe sensible al prestigio italiano en el mundo. Los franceses que reprochaban a Crispi su fidelidad a la Triple Alianza

y su hostilidad hacia ellos, sus aliados rusos, y, en su hondura, buen número de germanos ironizaron sobre los reveses italianos frente a hordas africanas. El fracaso de una expedición colonial, no obstante, no hería al país en sus fuerzas vivas. Replegada sobre sí misma, Italia siguió trabajando, aunque no sin algunos revuelos interiores. Vista con el retroceso de la Historia, esa agitación social que llevó la derecha, que había vuelto al poder después de la caída de Crispi, a emplear la fuerza contra los anarquistas y los socialistas, aparece bastante poca cosa, aun cuando fuera señalada por el asesinato del rey Humberto. El hecho importante es el desarrollo de la industria en los primeros años liberales del reinado de Víctor Manuel III. Los nombres de Fiat, de Breda, de Tosi, de Pirelli, mundialmente conocidos actualmente, atestiguan la importancia de las industrias que fueron puestas en marcha en la Italia del Norte. El comercio exterior había pasado de 2 a 3.000 millones de liras entre 1890 y 1900. En el transcurso de los diez años siguientes, alcanzó 6.000 millones. El talento impetuoso de Carducci, las audacias de d'Anunzio y de Pirandello, el pensamiento de Benedetto Croce, las novelas regionalistas de Grazia Deledda, el renacimiento de la música de concierto italiana junto con las óperas de Puccini y de Mascagni, que habían sucedido a Verdi, dan testimonio de la vitalidad del genio italiano.

Este enriquecimiento logrado bajo la dirección inteligente y flexible de Giolitti, no impedía a los hombres de Estado italianos pensar en una reanudación más o menos lejana de la política de expansión colonial. Los propósitos de Francia respecto a Marruecos, después de la crisis de Fachoda y la llegada de Delcassé al Quai d'Orsay, habían de reavivar las ambiciones italianas. Para lograr el derecho de ir a Marruecos, Francia estaba dispuesta a proponer a las demás naciones de actuar en otros lugares. Renunciaba a sus pretensiones sobre Egipto en favor de Inglaterra. A Italia ofrecía la Tripolitania, de la que Turquía tenía la soberanía. Se trataba también de una tierra por conquistar, pero su proximidad de Italia la hacía más asequible que la lejana Abisinia. La dificultad procedía de las relaciones de amistad existentes entre Alemania y Turquía. ¿Cómo arrebatar una provincia a una potencia que pertenecía, aunque fuera de un poco lejos, al mismo bloque de alianzas sin tropezar con sus aliados? La ruptura de la Triple Alianza estaba entrañada en el acuerdo de diciembre de 1900. Con una indiscutible flexibilidad, el Ministro de Asuntos Exteriores de Víctor Manuel, Prinetti, la renovaba en 1902, pero concluía con

Francia un acuerdo de neutralidad recíproca caso de que una de las dos naciones fuera atacada por una tercera (el agresor eventual de Francia, siendo, evidentemente, Alemania). Los dos acuerdos no eran incompatibles desde el punto de vista del Derecho, ya que la Triple Alianza no era más que un tratado defensivo. Sin embargo, la nueva política italiana, inspirada por un realismo desprovisto de sentimentalidad, trataba de lograr seguridades en los dos campos que empezaban a turbar la paz europea con sus rivalidades.

Austria y Alemania apenas si tenían medios para favorecer la penetración italiana en Tripolitania. Inglaterra y Francia podían hacerlo. Por otra parte, las aspiraciones de Italia para poner su planta en la orilla oriental del mar Adriático tropezaban con la política austríaca. Ahora bien, desde 1866, los italianos tenían el sentimiento de que su unidad no estaba concluida, que el Imperio austro-húngaro detentaba aún tierras italianas en las vertientes de los Alpes y que la reconquista de esas «tierras irredentas» debía llevarse a cabo tarde o temprano. La situación creada por la entrada de los franceses en Tunicia había hecho pasar temporalmente estas reivindicaciones a segundo término. No por ello eran olvidadas. En cuanto la oposición de intereses entre Italia y Austria-Hungría llegara a acusarse, se volvería a abrir el viejo expediente. Es lo que sucedió cuando en 1908 el Gobierno de Viena se anexionó la Bosnia y la Herzegovina, que administraba desde el Congreso de Berlín. Esta acción unilateral que provocó furor en la corte de San Petesburgo, que hubiera provocado la guerra sin el desbarajuste de sus ejércitos, despertó el malhumor de Roma. Los ambientes políticos italianos hubieran querido tener una compensación por el crecimiento de su aliada: Trento o Trieste. Francisco José, no dando nada, se consideraron estafados y soñaron con revanchas. El acuerdo de Racconigi, concluido con Rusia un año más tarde para la defensa de la independencia de los Balcanes, constituía un acto de hostilidad hacia Viena. Menos de dos años después, Italia daba un paso más y declaraba la guerra a Turquía, protegida de Alemania. Simple expedición colonial, se pensó en Roma, pero este pequeño conflicto había de tener consecuencias incalculables. Del mismo había de salir la guerra de los Balcanes, más tarde la guerra europea.

III.—*La era de las guerras.*

Giolitti, hombre de Estado razonable y conciliador en el interior, no sospechaba que al declarar la guerra al viejo Imperio otomano abría la era de las catástrofes mundiales. Lo mismo para él que para sus consejeros, la conquista de la Tripolitania y de la Cirenaica iba a ser una expedición colonial después de otras muchas y como otras muchas. Pero después de los éxitos italianos iniciales, la resistencia turca fué más fuerte que lo que se había previsto. La guerra iniciada en un ambiente de gran fervor patriótico encontraba en ciertos sectores de izquierdas—señaladamente entre los socialistas revolucionarios cuyo portavoz era el periodista Benito Mussolini—una oposición furiosa. El incidente del *Cartago* y del *Manuba* hacía renacer la tensión italo-francesa. Ello sobrevenía en el preciso momento en que los incidentes con la minoría italiana de las provincias meridionales austríacas irritaba vivamente Viena contra Roma. El jefe del Estado Mayor austríaco, Conrad von Hotzendorf, proponía—en vano—que se acabara de una vez y para siempre con un aliado dispuesto a traicionar y que se emprendiera contra él una guerra que resultaría fácil. La posición diplomática de Italia se tornó delicada cuando los pueblos balcánicos, animados por Rusia, se aprovecharon de las graves dificultades de Turquía para tratar de expulsar a sus antiguos dueños de la península de los Balcanes. Yendo a lo más urgente, los otomanos pidieron entonces la paz a Italia y firmaron con ella la paz de Lausanne. Italia podía saborear la alegría de la victoria. Había hecho sola la guerra y la había ganado. La paz le daba la Tripolitania, la Cirenaica, esas antiguas provincias del Africa romana de las que habían salido los Severos, así como el derecho de ocupar Rodas y las islas del Dodecaneso. Con las mismas y sus posesiones del mar Rojo, Italia hacía el papel de potencia colonial notable. Bien es verdad que este imperio colonial era más importante por su superficie que por sus riquezas. Pero en aquella época de imperialismo triunfante, disponer de territorios, incluso en parte estériles, era una condición indispensable para ser una gran potencia. A finales de 1912, Giolitti podía, pues, congratularse por haber alcanzado este nivel sin excesivos daños. En el interior llevaba a cabo importantes reformas que instituían prácticamente el sufragio universal. La irrupción en el escenario político de cuatro millones y medio de ciudadanos sin experiencia política, y, en razón de su situación económica, dispuestos a atender a los agitadores, constituía para la monarquía

italiana una medida atrevida, no exenta de riesgos. Los gobiernos «burgueses» que habían guiado el país desde la realización de la unidad, habían maniobrado con prudencia y con una preocupación de buena administración cuyos resultados habían sido felices. Las masas, más asequibles a los movimientos pasionales, no podían conservar esas cualidades. Giolitti lo aprendió a costa suya. Las elecciones de finales de 1913 se señalaron por un inquietante empuje de la extrema izquierda. El hombre de Estado, desacreditado por este fracaso, se retiró dejando el poder a Salandra. Cinco meses después éste había de afrontar la crisis de la guerra europea.

El conflicto austro-serbio originado por el asesinato del Archiduque Francisco Fernando, despertaba, sin duda, muchos recuerdos del Risorgimiento entre los italianos, lo que no les predisponía a apoyar la acción de su aliado vienés. En el fondo, los hombres políticos eran hostiles a la penetración austríaca en los Balcanes. Por tanto, el gobierno real se guardó de apoyar la acción de castigo de Francisco José contra Serbia. Al estar la iniciativa de las operaciones en manos de Alemania y de Austria, los hombres de Estado italiano, basándose en el texto formal de la alianza únicamente defensiva que hasta entonces había ligado su país a los Imperios centrales, declararon que se mantendrían neutrales.

La neutralidad es difícil durante una guerra. Los dos bandos solicitaban la ayuda italiana. «El egoísmo sagrado» que guiaba a los jefes de Italia vacilaba a tomar partido. La opinión pública se hallaba dividida. Los católicos y los socialistas hostiles a la guerra recibieron el poderoso apoyo de Giolitti, que aconsejaba sacar partido de la situación para forzar Austria a hacer concesiones en la cuestión de las tierras irredentas sin entrar en una guerra peligrosa. Frente a él, los demócratas, los liberales, los nacionalistas, querían que Italia entrara en el conflicto al lado de Inglaterra y de Francia para reconquistar las tierras italianas aún oprimidas por los «tedeschi» y para ocupar en los Balcanes posiciones que le permitieran dominar el Adriático. El poeta d'Annunzio, el socialista disidente Mussolini, excitaban la muchedumbre a seguir esta política deseada por Salandra, por el jefe del Ejército, General Cardona, y probablemente por el mismo rey. Las manifestaciones populares de las jornadas de mayo de 1915 resolvieron este conflicto surgido entre prudentes y exaltados. Austria regateaba las concesiones que Italia le pedía como precio de su neutralidad.

llevando así agua al molino de los partidarios de la fuerza. El 23 de mayo, Italia declaraba la guerra a Austria-Hungría.

Esta guerra, Italia estaba mediocrementemente preparada para hacerla. Moralmente, parte de la opinión pública, pese a los recuerdos de la lucha de Italia contra Alemania y sobre todo Austria, no la sentía y seguía lamentando la neutralidad. Materialmente, el ejército no estaba dispuesto para grandes operaciones. Bien es verdad que los austro-húngaros sólo ponían en línea, en sus sólidas fortificaciones de los Alpes, a una parte de su ejército, ya que la otra combatía en el frente ruso. Pero las dificultades del terreno sólo dejaban a los italianos progresar paso a paso. La situación se agravó en 1917 cuando la revolución rusa permitió a los Imperios centrales reforzar sus efectivos del frente alpino y lanzar el 23 de octubre de 1917 la ofensiva que acarreó Caporetto y la destrucción del III Cuerpo de Ejército italiano. Este mazazo, que sin embargo no fué decisivo, llevó los italianos a acallar sus discusiones. La unión sagrada realizada en torno al Rey del Primer Ministro Orlando y del General Díaz, permitió establecer la situación en el Piave y, un año más tarde, tomarse una brillante revancha. Contra un adversario desgastado por cuatro años de guerra y por la rebelión latente de los pueblos eslavos de la doble Monarquía contra Viena y Budapest, los italianos pudieron desencadenar la ofensiva victoriosa del Piave que desembocó en el armisticio del 3 de noviembre. Al descubrir el flanco sur de Alemania, la victoria italiana hacía fatal la derrota del Imperio de Guillermo II. Los italianos pudieron proclamar que su triunfo había sido decisivo en el desenlace de la guerra. A decir verdad, la defección de Bulgaria y de Turquía y el desgaste del mismo ejército alemán habían sido no menos decisivos. Los italianos tenían acaso, lo cual es humano, cierta tendencia a exagerar la importancia de su victoria, mientras que sus aliados la menospreciaban un poco para atribuirse más gloria. Pero estas divergencias de apreciación se pusieron de manifiesto en toda su gravedad cuando se trató de redactar los tratados de paz y de organizar a Europa.

Italia había entrado en guerra después de haber hecho aceptar por los aliados sus objetivos de guerra. La Convención de Londres de abril de 1915 preveía no sólo el retorno a Italia de los territorios irredentos—Trento y Trieste—, sino también de parte del litoral dalmata, antaño posesión de Venecia, y la región de Adalia en Asia Menor. Pero la guerra sólo había sido ganada por los aliados merced a la intervención americana. Y Wilson, que quería fundar la paz democrática sobre principios justos—que

no siempre respetó—, era opuesto a las reivindicaciones italianas sobre territorios poblados por eslavos y musulmanes. En tales condiciones, Orlando pudo creer que los anglosajones y los franceses, al negarse a cumplir sus promesas de 1915, habían estafado a Italia. Esta había hecho una gran guerra, había hecho morir o caer heridos a centenares de miles de sus hijos, había infligido a su pueblo considerables sufrimientos y se había empobrecido para un crecimiento territorial importante sin duda, pero que parecía exiguo a la escala de los sacrificios que había costado. El «Presidente de la Victoria» abandonó la conferencia de la paz y volvió a Roma, donde presentó su dimisión. Estas manifestaciones de malhumor no podían doblegar las aliadas de Italia. Cuando el nuevo Presidente del Consejo italiano, Nitti, vino a París, tropezó con las mismas negativas que su antecesor. Más flexible que aquél, se resignó a firmar los tratados que, si bien satisfacían el viejo rencor de los liberales contra el Imperio de los Habsburgo al desmembrarlo, no daban a Italia todos los territorios que reivindicaba. Para la opinión italiana, la victoria de 1918 fué, pues, una victoria truncada, truncada por la culpa de aliados desleales. De este convencimiento habían de surgir grandes desgracias para ellos y para la misma Italia.

En un ambiente mezcla de entusiasmo y de acritud, Italia se puso en deber de liquidar una guerra costosa y volver al estado de paz. Era una empresa difícil. Los enormes gastos de guerra habían comprometido la moneda. El paso de la economía de guerra a la economía de paz dejaba sin trabajo a millares de hombres. La pobre gente que había sufrido más que los ricos de las restricciones se exaltaba con la idea de que en Rusia el proletariado había logrado destruir el orden capitalista e instaurar su dictadura. Se hubiera necesitado un gobierno fuerte para resistir a la agitación proletaria y para imponer una vuelta a la vida normal. Pero Nitti, parlamentario brillante, culto y temido por las ocurrentes salidas que tenía con sus enemigos, no estaba hecho para domeñar las muchedumbres. Las elecciones llevadas a cabo según el sistema proporcional dieron en la Cámara la prepotencia de dos partidos frente a los demás: el socialista y el católico. El primero se parapetó en la oposición; el segundo sólo concedió un apoyo condicional y con frecuencia efímero a los gabinetes que habían de presidir el fin del período constitucional, en que gobiernos sin autoridad hubieron de oponerse a las huelgas, a las ocupaciones de fábricas y a las violencias que las acompañaban.

Desorientados, los liberales italianos llamaron a Giolitti. Este se avino a salir de su largo retiro para reparar los daños de una guerra que había querido evitar. Pero la Italia de 1920 ya no era la que había hecho progresar, combinando la razón con una discreta corrupción. La guerra había implantado en las masas un espíritu de violencia que se armonizaba mal con los métodos flexibles del viejo hombre de Estado. Esos obreros que ocupaban sus fábricas y molestaban a los ingenieros y a los contra maestres; esos jornaleros agrícolas en guerra contra sus patronos; esos ferroviarios que detenían su tren sin preocuparse de los viajeros que transportaban, habían perdido el sentido del servicio y el espíritu de conciliación de la generación anterior. En frente, los nacionalistas, resueltos a impedir que Italia cayera en manos de los «bolcheviques», aceptaban combatirlos con el espíritu y los métodos de las trincheras. El antiguo socialista e intervencionista Benito Mussolini había creado con antiguos combatientes «haces de combate», cuyos grupos de acción más contaban con la cachiporra que con la dialéctica para detener la revolución. La violencia de la pequeña burguesía endurecida por la guerra se oponía a la violencia revolucionaria. Esta aparición de defensores improvisados del orden contra los marxistas se le presentó a muchos industriales o comerciantes como una posibilidad de salvación. Apoyaron a Mussolini, pese a su pasado revolucionario. Después del fracaso de la huelga general que los fascistas habían combatido con dureza, el prestigio del nuevo movimiento se acrecentó considerablemente.

Una vez fuerte, el Fascismo reclamó el poder. Giolitti había abandonado el gobierno a parlamentarios sin prestigio: Bonomi, Facta. Si bien la agitación social decrecía, la situación permanecía confusa. Mussolini, al exponer una teoría violentamente nacionalista y autoritaria, pretendía implantar de nuevo el orden para instaurar la justicia en el interior del país y, reconciliado el pueblo italiano, hacer de Italia una gran nación digna de su lejano pasado. El 27 de octubre de 1922 anunció la movilización de todos sus partidarios y les ordenó marchar sobre Roma. El Ministerio Facta había dimitido. Su jefe hubiera querido resistir a los fascistas. Víctor Manuel se negó a movilizar el ejército contra los antiguos combatientes cuyo patriotismo era innegable. Incluso llamó al poder al jefe del partido insurrecto. ¿Pensaba el Rey que el hombre nuevo, que era Mussolini, no resistiría la prueba del poder? Por el contrario, ¿tenía confianza en el talento de ese tribuno, especie de Mirabeau autoritario?

No se sabe. En todo caso, al abrir las puertas del poder a Mussolini hacía posible la experiencia fascista, la última carta de la burguesía italiana, no iban a tardar en decir los marxistas.

IV.—*El Fascismo.*

El Rey no había dado el poder al Fascismo. Había encomendado al jefe del Fascismo formar un gabinete parlamentario. Mussolini así lo hizo y llamó a su lado a miembros de otros partidos. Pero progresivamente, el Gobierno y sus organismos pasaron en manos de Mussolini y de sus amigos. Las elecciones de 1924, realizadas según una ley electoral adecuada, dieron la mayoría a los fascistas. Sin duda la oposición seguía en pie. Pero después del rapto y del asesinato del socialista Matteoti por unos «squadristas» demasiado celosos, cometió el error de retirarse de la Cámara. Los giolittianos, ciertos demócratas-cristianos que habían sostenido el Ministerio, le retiraron su apoyo. Los fascistas conocieron entonces jornadas críticas. Las violencias del «squadrismo» los habían hecho antipáticos a muchos intelectuales y liberales de Italia e incluso más allá de las fronteras. El asesinato de Matteoti facilitó los desarrollos del «fascismo asesino» que se convirtió en *slogan* de las manifestaciones de izquierdas. Mussolini hizo frente a este asalto. Aun persiguiendo a los autores materiales del asesinato, aprovechó la crisis para transformar la estructura política de Italia, disolver los partidos y organizar la dictadura del Fascismo. En adelante, apoyándose en su partido y en su milicia, el Duce de Italia iba a llevar a Italia a su antojo, teniendo al corriente de sus decisiones al Rey, cuya presencia a su lado en las ceremonias parecía significar la aprobación. El Estado mussoliniano reposaba sobre una centralización a ultranza. Junto a un Rey mascarón de proa, el jefe del Gobierno todo lo dirigía, todo lo decidía. Para asistirlo tenía el Gran Consejo Fascista, compuesto por los principales miembros del partido y el mismo partido que había de mantener el contacto del jefe con el pueblo. En cuanto a los órganos legislativos, si bien el Senado fué respetado, la Cámara era elegida por sufragio indirecto de muchos grados, lo que desembocaba en hacer que el pueblo ratificara una lista única de hombres adheridos al régimen. Si se agrega que el sometimiento de los órganos de información al Ministerio de la Cultura popular impedía toda crítica y que una policía numerosa vigilaba a los oponentes, se tendrá el cuadro de un régimen más auto-

ritario que los viejos regímenes contra los cuales habían vituperado los liberales del Risorgimiento. La ventaja del Fascismo era dejar al Gobierno en libertad para llevar libremente su política y sin temor a las celadas de la oposición. En cambio, si el jefe del Gobierno se equivocaba, nadie podía detenerlo. Era el Duce quien tenía que percatarse de sus errores y rectificarlos. Si se obstinaba, el país entero lo pagaría. Hubiera sido preciso un hombre genial doblado por un sabio para disponer durante mucho tiempo y con éxito semejantes poderes.

Que Mussolini tuviera ciertas cualidades excepcionales está fuera de dudas. No se parte de tan bajo como él, no se sube tan alto y no se es, durante tanto tiempo como lo fué, considerado, admirado u odiado por sus contemporáneos si no se sale de lo común. Trabajador, enérgico, dinámico, estaba determinado a modernizar su país, a hacerlo al igual de los más grandes y a dejar su nombre unido a esta gran obra. El Duce se apegó a moldear a Italia según sus conceptos. El pueblo italiano debía ser trabajador, disciplinado, austero, animado por las virtudes guerreras de la antigua Roma. Sin duda alguna había en este ideal una parte del espejismo inspirado por la prestigiosa historia de Roma y por las estampas heroicas del Risorgimiento. Pero este punto flaco sólo había de aparecer en los años cruciales en que se decidió el destino del régimen. En el transcurso de los primeros años las tareas de paz absorbían la actividad del dictador. Grandes obras daban trabajo al pueblo y fortalecían la estructura económica de la nación. La «batalla del trigo» emprendida para cubrir el consumo de un pueblo que come cantidades ingentes de pan y de productos elaborados con harina se ganaba a fuerza de trabajo. Regiones asoladas por el paludismo se convertían en tierras de cultivo en que el Duce instalaba colonos. Carreteras concebidas para la circulación automovilista, estaciones monumentales, barrios nuevos surgían en lugar de barracas desvencijadas; barcos de guerra y comercio, eran botados cada año, y aviones nuevos constituían tantos méritos para el régimen a los ojos de los italianos. Es cierto que existían oponentes irreductibles, militantes y marxistas, intelectuales liberales u hombres de negocios a quienes desagradaba el control de la vida económica por el Estado. Pero la masa aceptaba las ventajas de un régimen que le daba la semana de cuarenta horas, el «Dopolavore» y trabajo. La reconciliación del Estado italiano y la Iglesia, sancionada por los acuerdos de Letrán, apegaba la masa católica al Fascismo, que ponía fin a la situación dolorosa existente para los creyentes desde

1870. El patriotismo italiano se sentía asimismo satisfecho con la importancia adquirida por la nación en la vida internacional. El esplendor de los desfiles militares, de las revistas navales, las victorias de las alas italianas en las grandes pruebas aeronáuticas e incluso las victorias de los deportistas italianos en las carreras de automóviles o los torneos de fútbol, exaltaban las imaginaciones y halagaban el amor propio nacional. Los visitantes extranjeros hablaban con un poco de asombro de una Italia en que los trenes llegaban a la hora señalada, en que las calles y los jardines públicos estaban limpios y donde habían desaparecido los mendigos. De hecho, la fachada era bella, incluso impresionante. El edificio fascista, pese a la debilidad relativa de su economía autárquica, parecía sólido. Para durar y consolidarse, hubiera necesitado años de paz. Y Europa corría hacia la guerra.

Musolini había dicho que los años 1934-1936 serían cruciales para Europa. Estimaba que los vencidos de la guerra, una vez rehechas sus fuerzas, emprenderían en esa fecha la tarea de demoler los tratados de 1919. Quería que para entonces Italia tuviera una gran potencia militar. ¿Para ir de qué lado? ¿Se inclinaría hacia las potencias que habían desconocido los derechos de Italia y violado la palabra dada en 1915, pero que seguían siendo fuertes? ¿Apoyaría a Alemania y a Hungría llegada la hora de las reivindicaciones? Durante mucho tiempo hubo lugar de preguntárselo. La ideología antidemocrática de Mussolini lo hacía poco favorable a Inglaterra y a Francia. Pero Alemania, caso de dominar Europa, ¿no amenazaría a Italia? Durante años el Duce pareció buscar la amistad inglesa y esperar una revisión pacífica de los tratados que hubiesen satisfecho las reivindicaciones italianas. La llegada de Hitler al poder tuvo primero por efecto acercarlo a las democracias. Aunque manifestara su admiración por Mussolini, Hitler no sedujo al Duce en la entrevista de Venecia. El Canciller alemán quería tener las manos libres en Austria para realizar el Anschluss, su primer objetivo. Pero el dictador italiano, que no deseaba ver a Alemania, ebria de nacionalismo, instalarse en sus fronteras, se las daba de protector del pequeño país alpino. Cuando, haciendo caso omiso, Hitler lanzó sus nacionales-socialistas de Austria contra el Canciller Dolfuss, Mussolini envió divisiones en la frontera del Brenner. Ponía así el interés nacional por encima de las similitudes ideológicas. Prudente, Hitler abandonó a su suerte a los autores del *putsch* fracasado de Viena. Pero su acción había preocupado a los beneficiarios del tratado de Versa-

les. Y se vió cómo Francia, donde gobernaban los moderados, se acercaba al dictador italiano. Pierre Laval se trasladó a Roma, donde se firmaron unos acuerdos que liquidaban viejos conflictos coloniales. En Stresa, en enero de 1935, Mussolini tuvo conversaciones con los jefes de los gobiernos inglés y francés, Mac Donald y Flandin, con vistas a impedir a Alemania que se rearmara y destruyera el equilibrio europeo. Al margen de la Sociedad de las Naciones, en la que apenas si se creía aún, los occidentales se esforzaban por defender la paz, formando una coalición temible.

¿Hubiera bastado esto para frenar la voluntad de potencia de la Alemania nacional-socialista? No se sabe. Pero la cuestión colonial poco tardó en destruir el acuerdo de los interlocutores de Stresa. Italia tenía más necesidad que nunca de salidas para el exceso de su población. Mussolini, que fomentaba la natalidad, porque Italia necesitaba hombres para ser una gran nación, reclamaba por este motivo tierras. Mas las tierras colonizables eran raras. Quedaba Abisinia, sobre la que, antaño, los europeos habían admitido los derechos italianos. Pero era miembro de la Sociedad de las Naciones y, en virtud del pacto que ligaba entre sí a los Estados asociados, de hecho se convertía en intocable. Mussolini pensaba que el interés de tener a Italia en su campo llevaría a Inglaterra y Francia a dejarle actuar en Etiopía. La conquista de ese país rico, de clima aceptable para el europeo en varias zonas extensas, tenía, además, un interés moral: permitía al Fascismo lavar la mancha de Adua sobre el honor militar italiano. Por ello, después de haber acumulado en Eritrea y en Somalia tropas bien equipadas, desencadenó la guerra.

Pero la violación del pacto de Ginebra provocó la indignación, real o fingida, de los numerosos enemigos del Fascismo. En Francia, Pierre Laval, preocupado ante todo de salvaguardar el frente de Stresa, hubiera dejado gustosamente que las cosas siguieran su curso. En Inglaterra, el movimiento de opinión orquestado por los laboristas, los liberales y por los conservadores, a adoptar una actitud amenazadora. Inglaterra hizo, pues, condenar a Italia en la Sociedad de las Naciones, pero sin llegar a tomar las medidas de rigor contra el herético. Era demasiado y no era bastante al mismo tiempo. La acción de la mayor potencia colonial del mundo, alzándose contra una conquista colonial pareció una prueba de monstruosa hipocresía a los italianos. La actitud ambigua de Francia no parecía más digna. Por el contrario, al ayudar a Italia a sobrellevar las sanciones

económicas y a llevar a buen término su conquista. Alemania aparecía desinteresada y amistosa. Cuando en mayo de 1936 la victoria italiana estuvo asegurada, Mussolini pudo proclamar solemnemente el Imperio italiano; las bases de la alianza italo-germana estaban colocadas.

Los empujes de los frentes populares en España y en Francia en 1936 estrechaban por lo demás el entendimiento de los dos dictadores. Adversarios del comunismo que los combía furiosamente por su parte, éstos tenían que entenderse para bloquear el empuje rojo. Así se vieron llevados a prestar su ayuda al levantamiento nacional español de 1936. Mussolini, después de haberse negado a prestar esta ayuda, había reconsiderado su decisión y había enviado algunos aviones a Marruecos. Ponía así el dedo en el engranaje. Por haber comprometido su prestigio en la guerra de España, ya no pudo desentenderse de ella. Tuvo que enviar más aviones, pilotos, carros; luego, después de la entrada en el juego de las brigadas internacionales, divisiones de voluntarios. Sin duda, llegada la hora de pensar en una guerra con Francia, tenía interés en anular los acuerdos existentes entre las Repúblicas francesa y española relativos al paso de las tropas de Africa por la Península Ibérica. Pero a partir del momento en que Italia se había comprometido en esta cruzada contra los rojos, sostenidos por Rusia, no podía abandonar la empresa. Sin embargo, no faltaron las decepciones. El fracaso de Guadalajara—exagerado por la propaganda roja, aun cuando fuera real—revelaba deficiencias de organización y de moral entre los «voluntarios». Fué preciso eliminar a los jefes y a los hombres que flaqueaban, sustituirlos. Si el comportamiento de los aviadores era satisfactorio, el del ejército de tierra dejaba flotar dudas sobre la perfección del ejército que el Duce había constituido.

Por desgracia, la alianza con Hitler dejaba a los alemanes la dirección de la diplomacia. Después de haber rehecho su ejército y reocupado los territorios renanos, el Führer, fortalecido por la indecisión de sus adversarios, pretendía realizar, lo antes posible, su Gran Alemania. En 1938 era el Anschluss, luego la crisis de los Sudetes, que ponía a Europa a un hilo de la guerra. Mussolini, después de haber dejado a los alemanes entrar en Viena, no ocultaba que sostendría a su aliado en la querrela de los Sudetes. Sin embargo, al último minuto trataba de impedir lo irreparable y obtenía la reunión en Munich de los jefes de los Gobiernos en conflictos. Los acuerdos que reunían a Alemania la minoría germánica de los Sudetes salvaban la paz. Al volver de Munich, Mussolini podía medir, al

calor de las aclamaciones de las poblaciones italianas, los sentimientos de las mismas. El pueblo tenía una gran guerra y deseaba ansiosamente la paz; esperaba que el Duce sabría aún salvaguardarla. Musolini creía que la guerra era fatal, pero pensaba que ésta no tendría lugar hasta años más tarde. Pero ya no era dueño del juego. Era Hitler quien imponía su ritmo vertiginoso al mundo. En septiembre de 1939, pese a los esfuerzos de Mussolini para llevar a un nuevo Munich, la crisis de Dantzing provocó la guerra.

Italia no estaba preparada para hacerla. Su aviación había envejecido, sus parques de artillería estaban medio vacíos. Mussolini tuvo que escuchar a sus consejeros militares y diplomáticos y proclamar su neutralidad, como en 1914. Pero mientras que en aquel tiempo Italia estaba dispuesta a romper sus alianzas, el Duce entendía mantener el eje Roma-Berlín. Por creer que el porvenir pertenecía a las naciones jóvenes, y que las viejas potencias, llegadas al estadio de la caducidad, habían de cederles el puesto, según la ley de la Historia, tenía fe en la victoria del Eje. Esta daría a Italia los territorios coloniales que ampliarían el Imperio. Por ello se dispuso a apresurar los preparativos de guerra. Sin embargo, su acción se vió frenada por la del Rey, que se aproximaba al Papa para tratar de retener al Duce en el camino de la guerra; por la de algunos de sus colaboradores, como su propio yerno Ciano, que se había hecho antigermano después de haber forjado el Eje, y Balbo. La mayor parte del pueblo mismo se mostraba hostil a una guerra contra sus antiguos aliados de la guerra mundial y al lado de los enemigos de antaño. Todo ello acaso hubiera podido mantener a Italia fuera de la guerra si los éxitos rotundos de Alemania en la primavera de 1940 no hubieran parecido decisivos.

Al temer el Duce que Alemania le guardase rencor por su neutralidad y negase a Italia los territorios que reclamaba, resolvió entrar en guerra sin más dilación. Su decisión le permitió hacer el papel de vencedor junto al Führer en el momento de los armisticios con Francia. Breve triunfo. La guerra continuaba con Inglaterra. Hizo aparecer muy pronto las deficiencias de la organización militar italiana. Un alto mando escéptico, un material que la industria italiana no podía renovar con el mismo ritmo que el adversario, un pueblo que sentía esta guerra imperialista aun menos que la anterior. La aventura griega emprendida con asombrosa ligereza, abría la era de los desengaños. Luego vino la resonante derrota de Libia. Sin duda, la intervención alemana restablecía la situación en Africa,

luego en los Balcanes, donde la ofensiva contra Yugoslavia devolvía un poco de gloria al ejército italiano. Pero la guerra se extendía más y más. Rusia primero, luego los Estados Unidos entraron en guerra. Estas fuerzas formidables habían de vencer con el tiempo. El Eje era expulsado de Africa. Luego los aliados invadían con irrisoria facilidad Pantellería, Sicilia. La población italiana, descorazonada por las derrotas y por los bombardeos, deseaba la paz. El Rey, tratando de salvar el país y su corona; los generales, los miembros del Gran Consejo fascistas mismos, se unieron para eliminar a Mussolini, que no era más que un aventurero vencido. En julio de 1943 el Duce era detenido en el palacio del Rey, encerrado en una fortaleza, mientras que el Mariscal Badoglio negociaba la capitulación italiana, aun dando seguridades a los alemanes de su voluntad de proseguir la lucha. El anuncio prematuro del armisticio concluído secretamente provocó la catástrofe. Los alemanes habían tenido tiempo de concentrar tropas en los Alpes. Invadieron Italia, desarmaron el ejército de sus antiguos aliados con asombrosa facilidad y liberaron al Duce. Este fundó una «república social», hizo un llamamiento a sus fieles para cumplir la palabra empeñada con Hitler. Pero con excepción de un minoría, la masa, desanimada, se negó a combatir. Italia, cortada en dos, ocupada por los alemanes al Norte y por los anglosajones al Sur, republicana y fascista al Norte, monárquica y democrática al Sur, conocía las desventuras de la invasión y de la guerra civil, porque fascistas y «partisanos» se entremataban sin compasión.

La victoria aliada decidió la suerte de la lucha. Musolini fué fusilado, como lo fueron sus colaboradores y crecido número de sus «camisas negras. La idea fascista soló sobrevivió en una minoría de nostálgicos, por lo demás bastante nutrida. Aplastada la herejía fascista, la democracia reanudaba su curso.

V.—*La Democracia Cristiana y la paz.*

Refugiado junto a los aliados, después de la invasión alemana, el viejo Rey había jugado al única carta que le quedaba: la vuelta a la política de 1915. Una Italia democrática y liberal lucharía contra Alemania y la tiranía. Rara vez un soberano se ha encontrado en una situación más falsa y crítica. Poco a poco logró aceptar que su hijo, el príncipe Humberto, gobernara en calidad de lugarteniente del reino, lo que dejaba una suerte

a la dinastía. En torno a él se vió a algunos hombres de Estado de antes del Fascismo y a antiguos desterrados que formaron un gobierno sin grandes poderes. Entre ellos figuraba el jefe comunista italiano, Ercole Ercoli, alias Palmiro Togliatti, que había vuelto a Italia no para abrumar a la Casa de Saboya, sino para incitar a los italianos a agruparse en torno a ella para combatir a Alemania, enemiga de la U. R. S. S. Los comunistas salvaban provisionalmente a los príncipes saboyanos, que se reservaban eliminar más adelante. Por el momento, la guerra tenía la preeminencia.

Concluída la guerra, mientras que los arreglos de cuentas se multiplicaban en la antigua zona fascista, un gobierno demócrata se organizaba bajo el patronato de los aliados y bajo la presidencia de un hombre de izquierdas, el jefe del C. L. N. antifascista, Ferruccio Parri. Este Gobierno comprendía demócratas cristianos, como de Gasperi; socialistas, como Romita y Nenni; comunistas, como Togliatti. Netamente orientado hacia la izquierda, era, sin embargo, intervenido de cerca por los aliados. Esta vigilancia tenía muy serios inconvenientes, sobre todo desde el punto de vista económico. Toda vez, tenía la ventaja de impedir a los partidarios comunistas, relativamente numerosos y bien armados en la Italia septentrional, de intentar un golpe de fuerza contra el Gobierno Provisional. Sin la presencia de los anglosajones y de sus clientes en Italia no hay seguridad de que no se hubiera producido un golpe de Estado o una guerra civil. La ocupación de los aliados impedía al menos que los revolucionarios explotaran la caída del Fascismo.

El Gobierno Provisional italiano tenía numerosos problemas por resolver. Era preciso ensamblar los dos trozos de Italia, asegurar el abastecimiento, rehacer las vías férreas y los puentes destruídos por los beligerantes, impedir la catástrofe monetaria, mantener un orden relativo en las ciudades y en el campo; en fin, dotar al país de instituciones políticas conformes a la voluntad de la mayoría. La tarea era abrumadora. Fué facilitada por la ayuda técnica y financiera de Estados Unidos. Valerosamente, el país volvió al trabajo. Los parados fueron colocados para reconstruir los puentes, rehacer las vías, limpiar los puertos. Si la guerra había hecho descender el prestigio italiano en el mundo, el valor, la paciencia, el ardor al trabajo y la habilidad de los ingenieros y de los obreros italianos mostraron que ese pueblo tenía cualidades eminentes para las obras de paz.

El huracán que había asolado Italia mostraba además que la unidad de la nación era sólida. A un momento dado los aliados habían favorecido

la autonomía de Sicilia y de Cerdeña sustentada por minorías bastante considerables. Ante la buena voluntad de los italianos, habían renunciado posteriormente a desmembrar el país de Garibaldi. Salvada la unidad, quedaba por ver quién iba a dirigir Italia. Aplastado el Fascismo, muertos sus jefes, perseguidos sus militantes y, en ciertas regiones del Norte, degollados, quedaban en presencia dos grandes fuerzas: el Marxismo y la Iglesia Católica. Los marxistas comunistas de Togliatti o socialistas de Nenni, estaban unidos por su odio común hacia el Fascismo y su hostilidad hacia la Iglesia. Los sindicatos les permitían tener en mano a gran parte del mundo del trabajo. En el campo, los jornaleros podían constituir una masa activa. En fin, intelectuales antifascistas aportaban a los «rojos» el prestigio de la inteligencia.

Temerosa de esta coalición revolucionaria, la gente de derecha y del centro se volvieron hacia la Democracia Cristiana, que recibía el apoyo de la organización católica italiana, o sea, una fuerza inmensa. Durante la efímera república social de Mussolini, los observadores extranjeros ya habían observado que, destruido el mito fascista, sólo quedaba en pie una organización tradicional italiana: la Iglesia. El prestigio del Papado jamás había sido tan grande en el pueblo desde hacía siglos. Pío XII, durante la guerra, el bombardeo de Roma y su evacuación por los alemanes había sido el verdadero protector de la ciudad, que el furor de los hombres políticos por poco destruye. Por un hecho que hubiera parecido inaudito a los contemporáneos de Garibaldi, el Papa se había hecho popular en Roma. Era el símbolo de lo que había sucedido casi por doquier en el país. Italia tenía que ser güelfa o roja. Fué güelfa.

El plebiscito sobre la forma de Estado y las elecciones a la Constituyente vieron la derrota de la derecha liberal—los fascistas estaban fuera del juego electoral—y la victoria de la Democracia Cristiana sobre una nutrida minoría comunista y socialista. En la prueba desapareció la Monarquía. Víctor Manuel II había abdicado en favor de su hijo para salvar la dinastía. Pero a los ojos de muchos italianos éste llevaba el peso de una larga colaboración con Mussolini, convertido en una especie de genio del mal. Muchos demócratas cristianos de izquierda votaron por la República con los comunistas, los socialistas y los «republicanos históricos». Su peso inclinó la balanza. Para algunos era una revancha del asalto del 20 de septiembre de 1870 a la Puerta Pia. Para otros era una adaptación a una corriente

política irresistible. La República no asustaba con tal de que estuviera controlada por gente de orden.

De hecho, la República italiana no ha cesado de ser desde su fundación demócrata cristiana. Disponiendo de impresionantes recursos financieros, de un buen Estado Mayor político dirigido por el austero Alcide de Gasperi, de propagandistas hasta en los más ínfimos pueblos, la Democracia Cristiana podía hacer oír sus consignas por doquier. Tenía una ventaja decisiva sobre los rojos. Estos, a raíz de la liberación de la Italia del Norte, habían procedido a ejecuciones sumarias contra fascistas, propietarios e incluso sacerdotes. Habían asustado a un pueblo sobre todo ansioso de paz. Por el contrario, la Democracia Cristiana los tranquilizaba. Rechazaba las prescripciones revolucionarias como las aventuras guerreras. Quería instaurar el progreso económico y social en la paz. Los italianos, incluso cuando no creían del todo en tan bellas promesas, votaron en favor de gente de buena voluntad, de quienes esperaban tranquilidad y bienestar. Los resultados de la gestión demócrata cristiana, siendo satisfactorios, el cuerpo electoral permaneció fiel en conjunto al partido en el poder. Así se inició un período de estabilidad favorable a realizaciones impresionantes.

La primera tarea era lograr la paz. Era difícil en razón de las divergencias de los aliados. La suerte de los territorios que Italia había poseído un momento sirvió para que los anglosajones y los soviets se entregaran a una lucha de influencias muy interesada. Los aliados estaban de acuerdo para privar a los italianos de sus colonias, de Rodas, de las ciudades del litoral dálmato. Los italianos se resignaban más o menos a ello. En cambio, Trieste, que los rusos querían dar a Tito, les resultaba entrañable. A fuerza de flexibilidad, De Gasperi obtuvo que Italia tuviera temporalmente la administración de Eritrea y que Trieste fuera un territorio libre, como Dantzig, de funesta memoria. La severa paz de París, que dictaba estas condiciones, permitía a los italianos ver retirarse de su territorio las tropas extranjeras.

Si los italianos hubieran tenido aún el sentido del imperio, esta paz, sin duda, les hubiese consternado. Pero habían tenido demasiados temores y demasiadas desgracias para preocuparse por tierras lejanas que jamás les habían producido gran cosa. En cuanto a las cláusulas de desmilitarización en 1947 la opinión, en general, poco se cuidaba de ellas. Se tenía la impresión de que Italia, no siendo ya lo bastante fuerte como para

afrontar a Rusia o los Estados Unidos, su seguridad dependía en adelante de sus alianzas. Los progresistas se inclinaban a Rusia, pero los relatos de los supervivientes del «Armir» y la posición de la U. R. S. S. en favor de Tito en el conflicto de Trieste, estaban poco hechos para conciliar la mayoría del pueblo italiano y el país del comunismo. Los americanos, por el contrario, defendían Trieste y prometían una ayuda económica. Los italianos de América constituían un lazo entre los yankis y los italianos de la península. Sin intervenir oficialmente, el Vaticano no podía dejar de orientar a De Gasperi hacia las naciones cristianas—incluso aquellas en que la masonería era poderosa—antes que hacia la Rusia atea. Todo ello llevó al Palacio Chiggi a jugar resueltamente la carta americana.

Esta política ha sido provechosa. Los Estados Unidos, preocupados de ayudar a la implantación de la democracia en Italia contra el comunismo, no regatearon los créditos. Merced a ellos, el trabajo de los italianos no fué vano. Rápidamente las vías de comunicación fueron restablecidas; los productos alimenticios, las materias primas indispensables para las fábricas acudieron en los puertos. El hambre y la miseria se alejaron; el horrendo mercado negro que de ello resultaba, desapareció. A medida que se volvía a la vida normal, las probabilidades de éxito de la revolución comunista se alejaban. Año tras año la prosperidad crecía. El ingenio italiano se desplegaba en el clima de la paz, que es el suyo. Las autopistas de Mussolini, las calles de las ciudades se vieron surcadas por coches, motos y *scooters* en creciente número. El dinero se convertía en el valor supremo. Los individuos vivían mejor. La mayor parte no pedía más.

Quedaban, sin embargo, no pocos puntos negros. La población seguía siendo pletórica. ¿Cómo asegurar su porvenir y el de las generaciones futuras? Las conquistas eran imposibles; había que inventar una solución nueva. De Gasperi inició con el francés Robert Schuman y el Canciller Adenauer la Unión Europea bajo el signo del cristianismo social. Una Europa unida constituiría un mercado para los productos y los trabajadores italianos que permitiría a las naciones vivir en buena armonía. De vuelta del nacionalismo belicoso y conquistador del Fascismo, la Italia demócrata cristiana, bajo De Gasperi, lo mismo que bajo sus sucesores, no ha cesado de laborar en pro de la realización de esta idea, de la que mucho espera, lo mismo que no ha cesado de testimoniar la máxima lealtad que a la Alianza Atlántica que dirigen los Estados Unidos.

Esta línea de conducta le ha permitido liquidar el conflicto de Trieste

en su favor, ocupar un lugar honorable en el concierto de las naciones y conocer una indiscutible prosperidad, aun cuando la división del país entre las ricas provincias del Norte y las pobres del Sur apenas si ha variado. Italia, que había perdido la guerra, ha ganado la paz.

Ello no quiere decir que ya no tenga problemas por resolver. El número de parados sigue siendo crecido. Su situación demográfica apenas si le deja esperanzas de mejora sobre este punto. Deberá seguir trabajando con ahínco y exportar su exceso de hombres para mantener una situación social aceptable. Incluso en el mismo plano político se observan señales de desgaste —ligeras aún— en la Democracia Cristiana, cuyas tendencias diferentes se combaten sordamente. En el valle de Aosta y en Sicilia, extrañas coaliciones, sólo explicables por las pasiones locales, han hecho perder el gobierno regional al gran partido confesional. ¿Incidentes sin gran envergadura? ¿Indicios de un cambio profundo? Es prematuro para contestar.

Salvo escisión del partido, no se cree que la Democracia Cristiana esté en vísperas de perder la dirección de la República, a la que ha sabido dar una estabilidad rara en una democracia, y más aún en una democracia latina. Queda por saber si podrán mantenerse indefinidamente juntos el señor Segni y el señor La Pira, que sueña con una *democracia franciscana*, en que su elocuencia amaestraría al lobo Togliatti.

A. MASSIA MARTIN.

II
NOTAS

